



¿Por qué el hombre —y por supuesto la mujer— cuando quiere divertirse acude al disfraz? ¿Quiere engañar a los demás o quiere engañarse a sí mismo simulando ser lo que es, tal vez lo que le hubiera gustado ser?

Nuestro folclor está lleno de ejemplos. En cuanto se anuncia una fiesta, surge el afán de vestirse de otra cosa, de travestirse con frecuencia de otro sexo. Las faldas blancas que se ponen los danzantes de Villacañas; las chillonas cretonas de los «monos» que llevan los endiablados de Almonacid del Marquesado, con episcopal mitra incluida, amén de los morachos cencerros; las multicolores botargas alcarreñas, son algunos ejemplos institucionalizados.

Pero hay unas fechas especiales en que este afán de enmascararse adquiere características de colectividad: Es el Carnaval o los Carnavales, paradójicos y metafísicos. Porque estos días en los que parece haberse encontrado la fórmula para obrar con mayor libertad, rayana en la desvergüenza y desde luego edificada en la frivolidad; estos días tan «terrenos» tienen un fundamento y una razón de ser auténticamente religioso y puramente espiritual.

Durante muchos años estas manifestaciones han estado prohibidas; pero en cuanto ha sido posible han rebrotado, sobre todo en aquellos



CARNAVALES

pueblos que tenían una especial tradición como el ciudadrealeño Herencia, el albaceteño Tarazona de la Mancha o el toledano Alcaudete de la Jara con su famosa «soldadesca»... Y los hombres han vuelto a vestirse



de mujeres y las mujeres de hombres, como hace cuarenta años, como hace cuatrocientos... Pero...

Sí, todo es igual. O casi igual. Pero, a veces pensamos que el rebrote aparentemente vigoroso de nuestro folclor es un intento desesperado de supervivir... porque sabe que va a morir. Y quizá uno de los casos más claros es el de los carnavales.

Pensemos que el desafuero indumentario de los disfraces de antaño estaba apoyado en la austeridad, sobriedad y monocronismo del habitual vestido del manchego o la manchega; pero ya esta manera de vestir sólo se da en los mayores. Las blusas oscuras, las toquillas y pelerinas pardas o negras, las fajas y boinas igualmente negras, las panas ocres... están llamadas a desaparecer cuando mueran los viejos de hoy, porque los jóvenes y los que ya no lo son tanto se visten de colores y llevan prendas informales; no hay tonos —como había antes— reservados a la mujer, y ésta usa pantalones sin necesidad de que llegue el carnaval.

Yendo más allá de las formas, al fondo, a la razón de ser de las cosas:

La libertad y el cambio de costumbres hace lícitas cosas que antes no lo eran; no hay que esconderse o disfrazarse para portarse así o asá. Por otra parte, si ya la Cuaresma no se «guarda» (es decir, no se vive como tiempo de sacrificios, austeridades y privaciones) ¿qué sentido tiene el carnaval? Y todavía más, ¿no había que decir ahora, con mucha más razón que lo hacía Mariano José de Larra en su tiempo, que «todo el año es carnaval»?

Claro que este afán de disparatar que es propio del ser humano, resulta que como el vestirse «a lo loco» ha venido a ser común y frecuente, vemos que cuando nuestros hijos quieren disfrazarse se visten como nos vestimos nosotros —quiero decir que se ponen chaqueta y corbata— o como se vestían sus antepasados rurales: «Me voy a disfrazar de manchego», dicen los que son tan manchegos como sus abuelos, pero que han perdido todo signo de identificación externa.



Ya sé que el carnaval no es el tiempo más propicio para meditar, pero yo aconsejaría pensar un rato en todas estas cosas. Porque quizá cuando la mascarita diga: «¡No me conoces, no me conoces!» haya que decirle: «¡No me conozco a mí mismo!» ■

Alejandro FERNANDEZ POMBO